

CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DEL RÍO AMAZONAS*

Por Decreto de 31 de mayo de 1941 dispuso el Gobierno actual que el año de 1942 “se dedicara especialmente a la conmemoración del descubrimiento del Amazonas, coronación de la obra descubridora de Pizarro y de la integración de nuestra nacionalidad y a estudiar los esfuerzos colonizadores del Perú desde el siglo XVI hasta el siglo XX que han culminado en la realidad viviente de la Amazonía peruana”. Dentro de este Año Amazónico cupo al mismo Gobierno la fortuna de resolver definitivamente el último problema de fronteras que aún gravitaba sobre la región amazónica. Fue dentro de la tónica espiritual de ese momento en el que como Secretario General del Comité del IV Centenario del Descubrimiento del Amazonas propuso a éste la iniciativa de una Exposición Amazónica, que diera a conocer al mundo y a los propios peruanos lo que es la región amazónica y lo que el Perú ha hecho desde hace cuatro siglos por civilizarla y poblarla. Una Exposición es para el hombre moderno una forma de viaje, de aproximación de cosas distantes por la imagen o el libro. Esta Exposición equivale, pues, en cierta manera a un redescubrimiento del Amazonas.

* Texto publicado en la edición N° 8 (1943) de la *Revista Peruana de Derecho de Internacional*.

Discurso pronunciado el 1 de junio de 1943 por el Secretario General del Comité del Cuarto Centenario del Descubrimiento del Río Amazonas, Doctor Raúl Porras Barrenechea, en la Inauguración de la Exposición Amazónica.

La iniciativa de la Exposición contó desde el primer momento con la aprobación y el alto y decidido apoyo del señor Presidente de la República y del Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Solf y Muro, atentos al reclamo de la región amazónica por integrar el panorama espiritual del Perú y al propósito de ampliar y ahondar nuestra actividad cultural, que la Exposición representa. Ese apoyo abierto y constante ha hecho posible, frente a muchos obstáculos, la realización de esta buena obra de cultura y de afirmación patria.

Deber primordial es señalar la tarea directiva que ha cabido al General Ernesto Montagne, Senador por Loreto, como Presidente del Comité Ejecutivo de la Exposición. Él puso al servicio de la obra su espíritu sagaz y realizador, su fe constructiva, su honrosa probidad administrativa y su directa experiencia de la selva, adquirida como militar y como prestigiosa autoridad en Iquitos, demostrando con el entusiasmo de su acción ser un legítimo representante de la región amazónica. Al lado suyo es necesario destacar el aporte técnico e imbuido de modernidad artística del ingeniero don Luis Ortiz de Zevallos quien no sólo ha diseñado y ejecutado los Pabellones de la Exposición, sino que ha trabajado activamente en la disposición y arreglo interno de ésta. El señor Adolfo Winternitz ha prestado el contingente de su buen gusto y amor por lo peruano en la decoración interior de todos los pabellones.

El más interesante y significativo aporte revelador de la solvencia del arte peruano, es el que han prestado los artistas decoradores y pintores de la Exposición. Sus frescos, sus cuadros y decoraciones murales revelan una lozana inspiración y una técnica audaz y juvenil. La Exposición ha servido durante algún tiempo para la expansión y el utilizamiento de sus facultades artísticas y porque no se les ha podido remunerar en la proporción de sus magníficos trabajos es necesario rendir homenaje público a su desinterés y a su nacionalismo. El Gobierno puede también tener la satisfacción de haber dado ocupación adecuada, quizás por primera vez, a un grupo notable de artistas y a un gran número de obreros y trabajadores de toda índole que han laborado con sentido nacional en esta obra esencialmente peruana.

Durante el año y medio de trabajo en que la Exposición se ha preparado, este pequeño bosque de San Felipe ha sido como una síntesis de la región amazónica trasladada a Lima. Por él traficaban frailes misioneros del convento de Ocopa y agustinos del Marañón –el buen padre Elorza de santa mansedumbre franciscana y el agustino Villarejo con sus recientes estudios etnográficos sobre las tribus norteñas, el padre Vargas Ugarte con sus crónicas y cartas de misioneros jesuitas– los ingenieros y constructores de caminos con sus planos y fotografías aéreas, oficiales de nuestros institutos armados representantes de una nueva fuerza colonizadora, miembros de la Corporación Peruana del Amazonas, artistas pintores y escultores, preocupados del tema amazónico, antiguos exploradores y colonos, shiringueros auténticos y hasta una pequeña jungla con su fauna característica –el jaguar, el oso, los monos y los guacamayos y aún unos añujes– que han tenido la fecunda idea de reproducirse dentro del recinto de esta Exposición, contrariando muchas experiencias biológicas, y son los primeros ejemplares selváticos nacidos en Lima.

El propósito de esta Exposición era arduo, principalmente por tratarse de un empeño inicial, con la dificultad inherente a todas las cosas primeras y por las distintas repercusiones de la crisis actual, en los materiales de construcción y en las vías de transporte, lo que ha dilatado algo nuestro empeño. Otro obstáculo difícil de vencer ha sido la falta de estudios monográficos sobre los diversos aspectos de nuestra selva, y aun sobre la geografía y la historia misma de ella, que preparasen las síntesis previas y sobre todo el carácter evolutivo y transitorio de la imagen que se trataba de fijar.

La Amazonía es aún una tierra sin geografía y sin historia estables. Es un mundo en constante renovación, donde los ríos cambian todos los días de lecho, la inundación transforma incesantemente el perfil de las tierras y la huella del hombre desaparece ahogada por la maleza con más facilidad que el mar borra las inscripciones de la arena. Tierra insegura en que la etapa del Génesis no ha terminado aún, en que las ciegas fuerzas telúricas no han interrumpido su labor devastadora o erosiva, en que las

islas viajan al impulso de la dinámica hidrográfica de cielo y tierra y en que todos los seres animados, las palmeras y los musgos, el bejuco y el cedro, las orquídeas o las mariposas luchan según la frase del brasileño Raymundo Moraes, en su espléndida visión de la Amazonía, “una batalla sorda y dramática para beber la luz o deglutir el aire”. Greda viajera aún no asentada para el hombre ni para la ciencia, humus todavía caliente del soplo creador, en que la tierra misma y el agua son nómadas y vagabundos los hombres y vegetales. Tierra indecisa y anfibia, mesopotamia inmensa en que el aluvión o la correntada transforman en mediterráneas las casas o los pueblos ribereños, en la que no hay señales humanas que perduren, ni más brújula para el mar verde que las estrellas. Tierra en marcha, que aún no ha hecho alto para comenzar la historia y cuya edad geológica apenas presumen los hombres de ciencia por la gama de colores de las aguas que transportan los ríos. Tierra sin memoria donde las tribus cambian de asiento sin nostalgia y reconstruyen todos los días el hogar errante y el pasado muere cada noche sin retorno, porque los hombres esquivan el recuerdo, queman las casas de los muertos y se van a vivir a otra ribera o echan los cadáveres en una canoa estibada hacia el olvido, en la corriente sin nombre de los ríos. Tierra sin muertos, donde el hombre, sin sentido agónico de la vida, huye de las preocupaciones de ultratumba, apresura la muerte del moribundo amortajándolo antes de que expire o apaga los fogones de la casa para que el alma no se detenga padeciendo en la lumbre del hogar. La selva es la región del culto a la vida, en los bosques amnésicos, sin tumbas y sin historia.

La Amazonía es también tierra de misterio. La inmensidad de la selva, la exuberancia de la naturaleza, el vaho vital de la floresta ebria de clorofila, asombran o atemorizan al espíritu del hombre y éste, enredado en las lianas de su propia imaginación hipertensa y febril, se inclina a la superstición y al ensueño. El hombre amazónico y aún el simple viajero o explorador sentirán el contagio invisible del misterio. Los bosques fueron siempre engendradores de poesía y de fábula. La Amazonía será a través de toda su historia una tierra de leyenda creadora de mitos. A esta tendencia no escaparán ni el cashivo antropófago, ni el cunivo tranquilo, el jívaro vengativo o el mashco turbulento. El hombre primitivo

amazónico, esclavo de la naturaleza, sin Dios ni teogonías, adorará a los poderes visibles de la selva o a sus fuerzas mefíticas; divinizará al río, al puma, a la culebra –madre del agua, yacu mama– o dará forma demoníaca a la malaria, a la cascada, al remolino y al pongo. La hechicería y la magia reemplazarán a la religión y a la medicina. El propio conquistador cristiano no escapará tampoco a la influencia alucinante de la selva.

Pedro de Candia, el arcabucero de Flandes e insólito personaje del Tumbes incaico, beberá el filtro de las leyendas selváticas dado por una amante india y partirá obsesionado a buscar en el horizonte verde el reino ilusorio de Ambaya. El mito de El Dorado que surgió en Nueva Granada, reflorecerá varias veces en el Perú, en la tierra de la canela de Gonzalo Pizarro que dio origen al hallazgo del Amazonas, en el Imperio del Paititi, reino de fantasía que buscaron inútilmente los audaces alrededor del Madre de Dios, en la tierra fabulosa de los Escaicingas, en el reino de los Omaguas, que despertó la locura aventurera de los marañones de Pedro de Ursúa o en esa fantástica laguna de Parime y ciudad legendaria de Manoa, que Walter Raleigh tuvo la osadía soñadora de ubicar en las cartas geográficas entre el Orinoco y el Amazonas y engañaron a toda la cartografía del siglo XVII. La vocación fantástica y mitológica de la selva contagiará la severidad realista de las crónicas y el clérigo Carvajal, el cronista tuerto de la expedición de Orellana, afirmará, gravemente, que vio, con un solo ojo, ciudades de doscientas leguas y a las propias amazonas que le rechazaron a flechazos. En el siglo XVII, un erudito documentado y fantaseador, Antonio de León Pinelo, tratará de probarnos en dos gruesos infolios y citas de Padres de la Iglesia que el Paraíso Terrenal estuvo en la región amazónica y que la fruta que perdió a Eva no fue el plátano ni los higos, sino la granadilla. En nuestros días, la leyenda dorada o demoníaca, sigue elaborando mitos; la selva amazónica es para unos el Paraíso Verde, o el Infierno Verde, para otros. The Devil Paradise del Putumayo cauchero con Winchester y fieras humanas o la tierra del árbol que da oro, que en un tiempo alucinó a los shiringueros del Brasil.

En el fondo de ese desorden geológico y de esa imprecisión de misterio hay siempre algunos cauces profundos por los que se ordenan y

alinean las diversas y contrapuestas corrientes y la enrevesada maraña de la selva aprende una lección de geometría. Ese cauce hondo e irrevocable es el de la vinculación histórica y geográfica de la Amazonía con el Perú. Es un mandato que brota de la tierra y de Dios. Los geógrafos modernos han comprobado que los afluentes meridionales del Amazonas –el Marañón, el Huallaga, el Ucayali, aquellos que parten del Perú– llevan mayor caudal de aguas que los que vienen del norte. El francés Reclus halla que el verdadero formador del Amazonas, por su extensión y caudal, es el Ucayali, que nace en el Vilcanota cerca de la tierra sagrada de los Incas. La opinión del gran geógrafo moderno coincide con la de Garcilaso y con la tradición incaica. Garcilaso llamaba Apurímac o Cápac Mayo al Amazonas –señor o príncipe de los ríos– y decía que nace a once leguas al Poniente del Cuzco. El nacimiento verdadero del Amazonas, ya sea en el Vilcanota o en el Apurímac, se halla así en la cuna misma de la peruanidad, en el propio corazón del Incario, en los aledaños de la ciudad imperial.

La naturaleza misma, hostil y dura en apariencia, ha abierto las puertas para que circulen las corrientes migratorias de la solidaridad entre las diversas regiones peruanas. Raimondi, siempre perspicaz para observar el cuadro peruano, anotó ya que cada departamento del Perú tiene una puerta propia para llegar a la Amazonía y comunicarse con el Atlántico. Los Andes rompen su inmutable barrera y abren inmensas ventanas para ver los llanos amazónicos y para facilitar el paso de las vías unificadoras. El destino de la Amazonía está así unido al Perú por ley natural y el del Perú completa su ritmo vital y económico con la selva amazónica. “Es ley de las naciones que los pueblos cumplan sus destinos, decía en 1891 Joaquín Capelo, uno de los grandes impulsores viales del oriente amazónico, y los del Perú no pueden cumplirse sin el dominio de la región amazónica”.

La historia ha confirmado desde los primeros momentos este sino de peruanidad. Los Incas aunque no dominaron militarmente la región amazónica, penetraron a ella por el Huallaga y Madre de Dios –el Amaru Mayu de Túpac Yupanqui– y proyectaron su cultura sobre las tribus de

los bosques. Huellas de caminos incaicos halló von Hassel en la región del Madre de Dios, reflejos de la cultura incaica y hasta una influencia lingüística se adivina en las tribus amazónicas descritas por el cronista Carvajal en el viaje de Orellana y en los mitos y en la cerámica de los pobladores del Ucayali, persisten reminiscencias claras del incario.

El descubrimiento según ha quedado definitivamente aclarado, fue también un hecho peruano. Toda la corriente civilizadora hispánica, del siglo XVI, partió del Cuzco o de Lima. Las “entradas” del siglo XVI a la selva amazónica son de una gallardía única. Los adelantados españoles –Alonso de Alvarado, Juan Pérez de Guevara o Juan de Salinas Loyola– se lanzan a la aventura con unos cuantos soldados que nunca pasan de 50 en las primeras “entradas”, atraviesan los ríos, desafían la selva, fundan ciudades y regresan con las ropas destrozadas, melladas las armas, pero el ánimo enhiesto, dispuesto a nuevas osadías. Sus hazañas sólo podrían contarse en el lenguaje de los romances fronterizos. Uno de ellos –Juan de Salinas– entra por Jaén, funda cuatro ciudades, atraviesa por primera vez el Pongo de Manseriche, remonta el Huallaga poblado por los Motilones, se pierde en las marañas de la selva y aparece en el Cuzco, solicitando que le concedan la jornada al Marañón que ya estaba dada a Ursúa. La historia de éste es ya romance puro y novelesco; porque la bella doña Inés de Atienza que le acompaña en la jornada trágica, es a su lado como una amazona blanca y fatal, la causa de su melancolía y de su pérdida. Inútiles y desbordadas al parecer las entradas hispánicas del siglo XVI dieron vida a un hecho insólito en la vida de la selva: las ciudades. Chachapoyas, Moyobamba, Jaén, Huánuco, fundadas por los castellanos, fueron como nobles estribos de plata para ganar la Amazonía. De ellas partieron los mejores esfuerzos en la lucha secular. Iquitos y las demás ciudades amazónicas han surgido de aquellas simientes heroicas.

Del Perú partieron también las expediciones militares o mixtas de misioneros y soldados que el Virrey, Príncipe de Esquilache, envió en 1616 para descubrir y evangelizar la región de Maynas, entre el Santiago y el Napo. Las misiones jesuitas que iniciaron la obra civilizadora en la selva dependían de Quito, cuando Quito dependía aún del Perú. El Virrey

del Perú enviaba los refuerzos y los abastecimientos para defender las misiones de los indios y de los portugueses y cuando los frailes de la Compañía descubrieron los afluentes septentrionales del Amazonas, y fundaron en ellos pueblos fraternos junto a los Cocamas y a los Omaguas, el misionero Samuel Fritz, que había forjado el primer mapa del Amazonas sin más instrumentos que la balsa y las estrellas, llevó aquel mapa en que por primera vez se señalaba el nacimiento del río en la laguna peruana de Lauricocha, al Virrey del Perú, Conde de la Monclova. Iniciadores de la cultura amazónica, por la fundación de centros poblados como Borja, Jeberos, La Laguna, por la difusión del quechua que ellos enseñaron como lengua general, descubridores de los ríos, ellos trazaron también las primeras cartas directas de la Amazonía, y en sus libros, cartas y relaciones misioneras, los primeros perfiles etnográficos del hombre amazónico.

El mayor esfuerzo misionero del siglo XVIII y el de más trascendencia peruana fue llevado a cabo por los frailes misioneros del convento de Ocopa, fundado en 1724, por fray Francisco de San José en las montañas del centro del Perú. Los franciscanos de Ocopa poblaron y civilizaron la región de Chanchamayo y del Gran Pajonal, hurgaron las montañas para hallar los pasos providenciales entre la montaña y la sierra, descubrieron el paso del Padre Abad, hoy tramo esencial de la carretera a Pucallpa, recorrieron el Ucayali y el Huallaga con los padres Sobreviela y Girbal y publicaron los primeros mapas de ellos en el *Mercurio Peruano* de 1791, navegaron el Urubamba con el Padre Busquets, descubrieron las rutas del Pachitea y del Pichis con el Padre Sala, amigo de Piérola y de Capelo, y en su lucha paciente y evangélica con los indios tuvieron hasta el siglo XVIII cincuenta y cuatro mártires. Con razón hemos podido grabar en el pórtico de nuestro Pabellón Histórico: “Ocopa foco perenne de peruanidad y de luz evangélica”.

La obra civilizadora y peruanizadora de Ocopa interrumpida muchas veces por la rebeldía de los indios catequizados como en el caso de Juan Santos en 1746, se conecta con el lúcido plan y la intuición geográfica del Perú del Gobernador de Maynas y Comisario de Límites

con el Portugal don Francisco de Requena, gran amigo de los frailes de Ocopa. Requena que escribió descripciones geográficas de Maynas y levantó un mapa de la Amazonía, propuso al rey la reincorporación de las misiones de Maynas al Perú, que desde 1739, habían sido incorporadas a Quito y Nueva Granada. El informe de Requena, basado en un estudio directo de la Amazonía y de la realidad peruana de ésta, determinó la cédula del 15 de julio de 1802, integrando nuevamente Maynas y el Amazonas que lo cruza dentro del Perú.

En el siglo XIX el Perú continuó en la selva amazónica la gran obra misionera y civilizadora de España. El Alto Amazonas y sus afluentes son recorridos y explorados por peruanos y viajeros ilustres. Se reconoce las fuentes del Marañón y del Ucayali, se exploran el Urubamba y el Tambo; se fundan pueblos en el Huallaga. De Chachapoyas, de Huánuco, de Ayacucho, del Cuzco, parten expediciones entusiastas destinadas a romper el misterio de la selva, abrir vías de comunicación entre los puntos poblados y las grandes rutas fluviales que conducen al Atlántico y reducir y civilizar a los salvajes. El capítulo más audaz y eficiente de esa primera etapa lo encarnan los exploradores de Chachapoyas y Moyobamba, con su empeño de abrir la trocha valiente que comunique esas ciudades con el Marañón, al oriente del Pongo. Colaboran en la empresa las autoridades de Loreto, de Chota, de Junín, de Huánuco. Surgen audacias y proyectos individuales. El Obispo de Chachapoyas, Pedro Ruiz, con un ardor de Adelantado, crea la Sociedad de Patriotas del Amazonas, funda seminarios y pueblos, cede sus congruas para los caminos y dirige personalmente la expedición que explora los ríos Cristalino y Nieva, pasa el Pongo temerario y somete temporalmente a Aguarunas y Huambisas. En el sur el cusqueño Palacios y Valdés sale del Cuzco y se pierde por el Urubamba hasta llegar al Atlántico y publicar un relato de su viaje en Río de Janeiro. Samanez Ocampo se arriesga en la tiniebla geográfica del Ene y del Tambo y Faustino Maldonado realiza el viaje de Iquitos al Cuzco, aplaudido por los convencionales liberales del 56 y muere heroicamente en las cachuelas del Madera, después de haber navegado el Madre de Dios y demostrado que era un afluente del Madera y no del Purús. La gran presencia de Raimondi en la Amazonía, sus estudios de la flora y fauna, de la geografía

y de la economía amazónicas, sus observaciones sagaces y llenas de hondo peruanismo, abren un ciclo de interés científico y nacional por el Oriente que culminará en su obra *El Perú* y determinan desde la aparición de sus Apuntes sobre Loreto en 1862, una serie de exploraciones oficiales y de marinos que exploran los afluentes del Ucayali, el Pachitea, el Mayro y el Pichis.

La Dictadura de Prado, del 66, crea la Comisión Hidrográfica del Amazonas dirigida por el Almirante Tucker de la Marina de los Estados Unidos, que en unión de peruanos, como Torres y Leoncio Prado, exploran la cuenca del Ucayali, fijan la navegabilidad de los ríos y la posición geográfica de éstos. En el gran empeño nacional colaboran autoridades ilustres, frailes de Ocopa, y aventureros audaces. El sabio Manuel Eduardo Rivero, autor de las *Memorias Científicas*, providencialmente nombrado Prefecto de Junín, funda el Fuerte de San Ramón y reconquista el valle de Chanchamayo; el Gobernador de Loreto, Coronel Francisco Alvarado Ortiz, explora y fija fronteras; el Prefecto Benito Arana explora el Ucayali, el Morona y otros ríos con tenacidad ejemplar. Marinos audaces como Sandi y Mariano Vargas recorren el Ucayali y Eduardo Raygada el Napo. En las Comisiones de Límites con el Brasil se destaca la figura de Manuel Rouaud y Paz Soldán, héroe de la Amazonía que pierde una pierna a consecuencia de un flechazo de los mayorunas y con una pierna de goma regresa al Yavarí y muere víctima de las fiebres del río. El colegio misionero de Ocopa con los frailes Busquets, Calvo, Bovo de Revello y Mancini sueña con rutas y pueblos nuevos. Exploradores como el Coronel José Manuel Pereyra, fundan el pueblo de La Merced y el Coronel Domingo Ayarza sojuzga a los campas del Perené.

El problema de la ruta central que una a Lima con la red amazónica obsesiona a exploradores y misioneros. Después de la guerra del Pacífico, la acción peruana continúa por hombres de temple heroico como el Prefecto Samuel Palacios Mendiburu que reorganiza la administración de Loreto, echa las bases de una administración y explora las cabeceras del Mayro, el Pichis, el Palcazu y el Napo; por ingenieros como Vila, Pérez y Hohagen que realizan estudios científicos, por Capelo, que

preconiza con ardor fanático la vía del Pichis y por Fray Gabriel Sala, guardián de Ocopa que guía con sus sandalias incansables a los ingenieros y exploradores por las inmensidades del Gran Pajonal, y enseña los secretos de los afluentes del Ucayali. El cauchero Fitzcarrald, descubridor del varadero que lleva su nombre, descubre la comunicación entre las hoyas del Madre de Dios y del Ucayali y perece ahogado en el Alto Urubamba cuando iba convirtiéndose en un personaje de leyenda, en los días de auge del caucho. La selva recobra entonces todo su prestigio fantástico. Carlos Fry deslumbra con sus relatos novelescos de aventuras entre los campas. Leopoldo Collazos se abre paso del Ucayali a las cabeceras del Purús y llega a éstas como Almirante de una flota de 400 o 500 canoas de Piros, Amahuacas y Campas. Caucheros venidos de todos los puntos del mundo luchan por el éxito en el Putumayo, en el Purús, en el Yurúa, y el Beni. Entre ellos surgen dominadores, duros y humanos al mismo tiempo, como los antiguos conquistadores. Julio C. Arana, el cauchero del norte que funda prósperas colonias en el Igara Paraná y el Cara Paraná y el español Máximo Rodríguez, que se bate con brasileños y bolivianos, en la pugna diaria de la selva, defendiendo al Perú y funda veinte pueblos entre el Tambopata y el Tahuamanu.

La figura central de la época, en los albores del siglo XX es el Prefecto Pedro Portillo. Hombre honesto y enérgico, profundamente religioso, educado en la acción, combatiente juvenil en Tarapacá, compañero de Bolognesi en Arica, mandonero con Piérola en la Coalición, Portillo es nombrado por Romaña Prefecto de Ayacucho y luego de Loreto y emprende esas tenaces expediciones suyas por los ríos amazónicos, que recorre en su integridad, en los términos de su jurisdicción, levantando las cartas hidrográficas de ellos, anotando sus condiciones geográficas y económicas, y dejando en todos, como símbolo perdurable la bandera del Perú. Él, con su flotilla de guerra, que conducían marinos, como Mavila, Buenaño, León, Stiglich, es el verdadero creador de nuestra soberanía en los más remotos afluentes del Amazonas, y un gran peruano de garra y de corazón. Su lema de acción está no sólo en sus hechos sino en las palabras sencillas de sus relatos de viaje, el primero de los cuales comienza con esta frase de espartana hombría: "Sin gran versación

administrativa, acepté la Prefectura, convencido de que todo hombre es capaz de hacer el bien cuando tiene patriotismo y resolución". En ningún caso mejor que en éste cabe el apóstrofe admirativo de Palma para Salaverry: "Dios mío, cómo has roto el molde en que forjaste hombres como éste". La figura crucial y peruanísima de Portillo, criollo de Huaura, se yergue en la historia política de la Amazonía Peruana, con el mismo imperio que la de Raimondi, en el campo científico y es en nuestra Exposición donde por primera vez se le rinde puntual homenaje.

Al mismo tiempo que Portillo, la Junta de Vías Fluviales, creada por Romaña y Felipe de Osma trabaja en estudiar la hoya del Madre de Dios y sus comunicaciones con el Ucayali, con las exploraciones de los ingenieros militares y marinos Torres Balcázar, La Combe, Villalta, Ontaneda, Olivera, Stiglich y el etnógrafo Von Hassel. Es la época de las exploraciones del Padre Ramón Zubieta, que descubre el Paucartambo como afluente del Urubamba, del Padre Calle que muere a manos de los Huambisas, de espíritus tesoneros y audaces, como el de Mesones Muro, el infatigable pionero del abra de Porculla y domador del Pongo de Manseriche que quiso convertir en un tramo de su ruta inspirada de Eten al Marañón, y de tantos otros pugnaces luchadores como los Habich, los Rivero, los frailes pasionistas del Marañón, los agustinos del Napo y los dominicos del Urubamba y Madre de Dios. Son también esos esforzados ingenieros peruanos que como Federico Basadre rompen las montañas para hacer pasar las vías civilizadoras o como Augusto Tamayo enlazan Iquitos con Lima, por la primera vez con la impalpable red de las antenas o los jóvenes intrépidos que abren las rutas aéreas y naufragan en el mar verde, como Cornejo, Alvariño y tantos otros argonautas del cielo.

Las vicisitudes, las luchas, los arrojos temerarios, los lentes sufrimientos de la selva soportados por los exploradores peruanos del siglo XIX, constituyen una epopeya anónima y una gran lección de energía. Para combatir en la selva era preciso tener alma heroica. Por eso fueron a ella quienes en otras horas de prueba mostraron la energía de sus almas y la gloria quiere que tres héroes representativos de la Guerra con Chile, mezclaran sus laureles de exploradores y de defensores de la

Patria, demostrando que el heroísmo es el mismo bajo cualquier clima: Melitón Carbajal, compañero de Grau en el “Huáscar”, pasó intrépidamente el Pongo de Manseriche, en 1869; Pedro Portillo, sobreviviente de la inmortal hazaña de Bolognesi en el morro de Arica, fue el más tenaz explorador y guardián de nuestra soberanía en los ríos amazónicos, y Leoncio Prado, compañero de Cáceres en Huamachuco, arriesgó su juventud gallarda en la selva hostil y promisora. En esta lista heroica e innumerable ¡cuántos olvidados! Un astillero, un puerto, un tambo, el nombre de un río, recuerdan la fortuna o la tragedia de unos pocos. La geografía se ilumina como una leyenda dorada con los nombres heroicos: ríos West y Távara, istmo de Fitzcarrald, ciudad de Requena, Puerto Maldonado o Puerto Raimondi. Pero los niños del Perú esperan todavía el relato de estas vidas paralelas.

La indecisión de las viejas demarcaciones coloniales, la riqueza insólita del caucho y también el noble y común afán emulador de ganar esas tierras para la civilización, crean las disputas fraternas de límites entre los países amazónicos. Surge entonces otro lento y esforzado capítulo de la historia amazónica. Es la obra sutil o energética de la diplomacia: Javier Prado con su hondo y tolerante sentido de la equidad y su don humano y comprensivo que orienta lúcidamente los arbitrajes de derecho con el Ecuador y Bolivia o Melitón Porras, que zanja con firmeza audaz y previsora las rivalidades limítrofes, y fija las fronteras definitivas con el Brasil y Bolivia, preparando una Amazonía fraterna. Son los anónimos y abnegados investigadores históricos que se internan en la selva oscura de los archivos y de los viejos papeles y manuscritos coloniales para hallar los títulos que defenderán un río o una ciudad, como Carlos Larrabure y Correa, Carlos Wiesse, Luis y Alberto Ulloa Cisneros, Víctor Andrés Belaunde o Arturo García. En esa brillante y eficaz generación de diplomáticos y juristas están José Pardo, que fundamentó los títulos coloniales del Perú en el arbitraje español de 1887; Mariano H. Cornejo, orador y polemista brillante, y Felipe de Osma, gran señor de la diplomacia y del derecho que colaboran juntos en la defensa del Perú en Madrid y obtienen aquella sentencia arbitral de íntegra justicia hispánica que reconoció los títulos jurídicos del Perú; Víctor M. Maúrtua, que inicia su

obra docta y clara de internacionalista, defendiendo con lucidez helénica los derechos peruanos en el arbitraje con Bolivia, hasta lograr un gran triunfo jurídico y una solución fraterna; Francisco Tudela, que en unión de García y Belaunde, sostiene con clara y serena doctrina nuestros derechos en Washington, y Solf y Muro que defiende con su ejemplar austeridad de jurista y con la colaboración democrática de los más doctos estadistas la última controversia amazónica. ¡Defensas brillantes, cuya dialéctica envejecerá pronto, pero en cuyos volúmenes de prueba, está con un hondo sentido del porvenir, toda la historia inhallable de la Amazonía!

La contienda geográfica y la marcha en sentido contrario de los impulsos coloniales de los diversos pueblos de la Amazonía producen aquellos álgidos choques de fronteras en que una juventud se bate denodadamente y rinde la vida por defender el suelo histórico. Nombres geográficos oscuros que un día se iluminaron con la emoción unánime de la patria y despertaron el entusiasmo bélico de las muchedumbres y de las banderas –Angoteros, Torres Causana, Manuripe, La Pedrera, Güeppi, o Zarumilla–, nombres que guardamos admirativamente pero que no son ya símbolos de odio, sino de mutuo dolor por las vidas quebradas en cualesquiera de los campos adversos y de respeto silencioso ante las cruces que marcan todo heroísmo humano.

La lucha porfiada y tenaz por ganar la Amazonía e incorporarla a la civilización, es así, no la obra circunstancial y efímera de un año, sino que es hazaña secular que se proyecta a lo largo de nuestra historia y es estímulo y aliento constante de peruanidad. La proeza inicial del descubrimiento, el gesto audaz de los Pizarros y Orellanas se repite por los capitanes de las “entradas” del siglo XVI por los misioneros de los siglos XVII y XVIII –jesuitas del Marañón, franciscanos de Ocopa– por los pioneros y exploradores peruanos del siglo XIX, los ingenieros y aviadores de nuestros días. El Perú realiza en la Amazonía una obra ciclópea: el descubrimiento de los ríos alto amazónicos, el trazo de las primeras cartas, el reconocimiento de la navegabilidad de los ríos, el establecimiento de los primeros puestos y el estudio de la naturaleza y

del hombre, son obra suya. Donde hay en la alta amazonía, una embarcación a vapor, una escuela, un apostadero, un arado, una antena o un mástil es que el Perú ha llegado con su vieja fuerza civilizadora. De allí provino, más que de las viejas cédulas coloniales, la invisible fuerza de nuestro derecho, que brotaba de la tierra y de los nombres heroicos. Podemos por esto decir, con orgullo, que no obstante todas nuestras equivocaciones o desorientaciones nacionales, la única gran obra común en el Perú sin desfallecimientos ni apostasías, ha sido la colonización y la civilización de la región amazónica.

Y el destino que siempre se rinde a los grandes esfuerzos humanos ha querido que fuese a nuestra generación y a vos, señor Presidente, a quienes tocase como culminación de una gran tarea histórica ganar el galardón de ver definitivamente afirmado en esas regiones el símbolo permanente e irrevocable de la peruanidad. El elogio cabal de vuestro esfuerzo y decisión para obtener el término feliz de nuestra última contienda limítrofe soñaría ahora a lisonja en labios de quien por haber estado al lado vuestro en aquella dura jornada última, sabe bien que podéis esperar limpia y serenamente el fallo de la historia.

Vuestra obra y vuestra tradición de cultura os llaman a superar la jornada vencida y a hacer del territorio descubierto por los aventureros hispanos, civilizado por los misioneros, colonizado por los exploradores y marinos peruanos y defendido por los soldados y juristas, el gran emporio industrial, la gran despensa de la humanidad que soñaba Humboldt, de la que se extraigan las riquezas que revivan en la realidad los mitos de El Dorado y Ofir; el oro negro del caucho, las maderas finas, el palo de sangre y la caoba, el incienso y los bálsamos, la canela y la quina, la vainilla y las almendras, el tabaco y la ayahuasca, el petróleo y el oro, que podrían figurar en la flota de Hiram. La juventud del Perú podrá entonces amar la Amazonía con el amor del misterio de los Incas, con el ánimo de aventura de los castellanos, con la pasión al Perú de nuestros exploradores y con un nuevo sentido humano que transforme el heroísmo de la guerra en el heroísmo redentor del trabajo. Esta exposición que resume todas esas enseñanzas y todos esos anhelos podría transformarse bajo vuestra égida en un Museo Amazónico.

Si la Amazonía está ligada íntimamente al Perú por su geografía y por su historia de los esfuerzos peruanos, su inmenso espacio no ha podido ser explorado y estudiado íntegramente por los peruanos. La desproporción entre el poblador humano y la extensión territorial, el agobio de las distancias, han hecho surgir la necesidad imperiosa de la solidaridad humana frente a la naturaleza. Otros pueblos y otras razas han enviado generosamente sus exploradores y sus hombres de ciencia para estudiar el territorio y han puesto el hombro para la inmensa tarea civilizadora. Sin contar la obra española de descubridores y misioneros, que se identifica con el esfuerzo peruano, son los franceses con su amor por las cosas universales los que inician la obra con La Condamine y Godin el siglo XVIII y luego con viajeros de la prestancia científica de d'Orbigny y del conde de Castelnau, que continúan el dibujante Saint-Criq, con sus apuntes de indios, Agassiz con su lección de los peces, Charles Wiener con su viaje pintoresco por el Napo y el Morona, Crevaux explorador del Putumayo, Santa Anna Neery, Olivier Ordinaire, Marcel Monnier, hasta los modernos General Langlois y Bertrand Flornoy, actualmente en el Alto Marañón, que representan a la más fina cultura del mundo. Los ingleses, grandes viajeros y autores de libros de viaje, aparecen los primeros en nuestra época republicana con Lister Maw, en 1827, que va por tierra de Lima a Chachapoyas y al Marañón, en una jornada increíble, los marinos Smith y Lowe, que descienden por el Pachitea al Atlántico, Richard Spruce, el mayor explorador de la flora amazónica, Herndon y Gibbon que cruzan nuestro territorio en dos grandes parábolas de audacia, Markham que es nuestro por su culto de nuestra historia y explora el Tambopata, el naturalista Bates, Chandless que explora el Yurúa y el Purús, Orton que descubre depósitos fósiles de origen terciario en Pebas y Woodroffe que preside una de nuestras comisiones de límites. Los viajeros de los Estados Unidos que aparecen con los oficiales de marina de 1851 y que son los más numerosos de nuestros días, y de gran interés científico, ponen al servicio del Perú figuras como la del Almirante Tucker, explorador del Ucayali, Hiram Bingham, descubridor de las ruinas de Machu Picchu y el Comandante Grow que abre las rutas aéreas de la montaña. Los pueblos del centro de

Europa están representados por el nombre universal de Humboldt, por el viajero Poeppig, el gran explorador suizo Werthemann y el gran etnólogo Tessman. España nos envía aún en el siglo último exploradores tan gallardos como el sabio Jiménez de la Espada y el aviador Francisco Iglesias y los italianos que aparecen con Osculati en el Napo prestan al Perú la gran figura del naturalista Raimondi. No es posible olvidar en esta reseña al Brasil, pueblo cordial que reconoció nuestra personería amazónica en 1851 y en cuya capital se han celebrado tres de nuestros tratados finales de fronteras. Los escritores y sociólogos brasileños con Euclides da Cunha, el formidable autor de *Os Sertões*, con Alberto Rangel, Raymundo de Moraes, Araujo Lima, y otros han ahondado el estudio de la Amazonía anticipando observaciones y soluciones que pueden sernos provechosas.

La lección que se desprende del pasado de la Amazonía es de estímulo y de esperanza. En ella se definen cualidades alentadoras de nuestra estirpe, experiencias educadoras, vínculos de unión y se perfilan claramente las orientaciones de la nacionalidad. Pueblo nuevo en la historia, surgido del abrazo fecundo de razas y civilizaciones dispares, orientado hacia el porvenir, nuestro destino es solidario con el destino de la Humanidad que lucha, con la fuerza inevitable, por el imperio de la civilización fundada en la libertad y en la justicia. Por eso en la batalla milenaria del Perú, desde Túpac Yupanqui a Pizarro o Castilla para dominar la selva y civilizar al hombre primitivo, es fácil decidir por dónde fluye la vena de la peruanidad sin desviaciones malsanas ni apócrifas filantropías. Entre los indios rebeldes de Juan Santos, que arrasan y quemar las florecientes misiones de Chanchamayo e interrumpen la marcha del Perú hacia la Amazonía por más de un siglo y los frailes de Ocopa que enseñan la religión de Cristo, fundan pueblos y aprenden las lenguas indígenas para servir a la etnografía humana, entre los Cashivos que devoran a los marinos peruanos Távara y West y estos héroes juveniles, entre los Shireneris, que asaltan en el Madre de Dios al heroico Prefecto del Cusco, Baltasar La Torre y este heroico explorador, entre los Aguarunas que sacrifican al misionero agustino Calle y este etnólogo ilustre, entre los Huambisas reductores de cabezas humanas que destruyen

las ciudades de Borja y Santiago en 1841, e inmolan a la guarnición peruana del Morona en 1913, no cabe dudar de qué lado está el sentimiento profundo e infalsificable de nuestra nacionalidad. El día en que el ingeniero Joaquín Capelo arrancó una tabla del sepulcro de Juan Santos para marcar con ella el hito 83 de su carretera civilizadora dio una profunda lección de historia. Peruanidad no puede ser, dentro y fuera de la Amazonía, sino lucha de civilización contra barbarie, por la humanidad por la cultura y por la cruz.

* * *